



Ensayos Filosóficos

Fortaleza Y Debilidad En La Narración

Strength and Weakness in Narrative

Nicolás Francisco Martin

Universidad Nacional de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina.
nf.martin@outlook.com

Recibido: 28 de marzo de 2026

Aceptado: 13 de junio de 2026

TRAZOS - REVISTA DE ESTUDIANTES DE FILOSOFÍA - AÑO X - VOL. I - JUNIO 2026

PÁGINAS 83-92 - E-ISSN 2591-3050

<http://www.ojs.unsj.edu.ar/index.php/trazos/>

INSTITUTO DE FILOSOFÍA - FACULTAD DE FILOSOFÍA, HUMANIDADES Y ARTES - UNIVERSIDAD NACIONAL DE SAN JUAN

Resumen: Este ensayo analiza los criterios de valoración que organizan la literatura contemporánea a partir de un cruce entre Friedrich Nietzsche y Terry Eagleton. Se sostiene que toda narración de lo real está mediada por estructuras a priori que condicionan forma y contenido. En este marco, la figura del “filisteo” permite caracterizar un criterio burgués que, bajo apariencia de fortaleza, encubre una debilidad creativa y tiende a consolidar formas estandarizadas que limitan la irrupción artística. El diálogo con Eagleton muestra cómo la deshistorización de la experiencia deriva en el naturalismo —como falsa objetividad— y el formalismo —como subjetividad escindida—, ambos incapaces de captar la complejidad histórico-social. Finalmente, se plantea que una literatura vital depende de una relación crítica con la historia que evite tanto la repetición como la ruptura vacía, habilitando la producción de formas capaces de tensionar los criterios dominantes.

Palabras Claves: Nietzsche- Eagleton- Criterio de valoración.

Abstract: This essay examines the evaluative criteria shaping contemporary literature through a dialogue between Friedrich Nietzsche and Terry Eagleton. It argues that any attempt to narrate reality is mediated by a priori structures that condition both form and content. Nietzsche’s notion of the “philistine” is used to describe a bourgeois criterion that, under the guise of strength, conceals a structural creative weakness and promotes standardized forms that limit artistic disruption. Drawing on Eagleton, the essay shows how the dehistoricization of experience leads to naturalism—as false objectivity—and formalism—as fragmented subjectivity—both unable to grasp historical and social complexity. It concludes that a vital literature depends on a critical engagement with history that avoids both repetition and empty rupture, enabling forms capable of challenging dominant evaluative frameworks.

Keywords: Nietzsche- Eagleton- Evaluative criteria.

¿Qué elementos operan a priori cuando se pretende narrar la realidad como un objeto oculto y separado? Bajo esta pregunta se ve tendida una gran trampa. La ilusión de una captura objetiva, de un qué anterior a la espera de ser documentado. Donde la noción de narración implica un trabajo abúlico de registro y quien narra escribe desde una distancia calculada. De esta manera, la interpretación de lo real nos pide retroceder a un punto anterior: ¿la realidad no es finalmente creada mediante la narración? Y siguiendo el espíritu de esta pregunta, ¿no es la propia potencia narrativa la que aloja el poder de crear disposiciones de mundo en favor a la vida? La narración organiza la inteligibilidad de los hechos materiales en tiempo presente. Siguiendo esta línea podría argumentarse que es la narración la que construye la realidad histórica. ¿Qué se registra, que se omite, cómo se ordenan los hechos? Existe una tensión de estructura a priori que opera en silencio y que, la mayoría de las veces, resulta imperceptible. El martillo nietzscheano golpea en ese punto ciego, hace temblar esa estructura y la vuelve visible. A partir de un cruce entre la crítica literaria de Terry Eagleton y la filosofía de Friedrich Nietzsche, este trabajo propone interrogar el criterio de valoración que organiza la literatura contemporánea: ¿qué tipo de creación promueve y cuál obtura? Pensar la literatura en función de la vida —o en su contra— depende de cómo se construye ese criterio.

En el cerebro del filisteo culto debe haberse producido una desafortunada tergiversación: él tiene precisamente por cultura lo que niega la cultura, y puesto que es consecuente en su modo de proceder, acaba por desarrollar de tales negaciones un grupo coherente, un sistema de la no-cultura a la que se podría incluso conceder cierta 'unidad de estilo', en caso de que tenga sentido hablar de barbarie estilizada. (Nietzsche, 2016, p. 656)

Friedrich Nietzsche, en *Consideraciones Intempestivas*, hace un análisis crítico sobre cómo el ascenso de la burguesía configuró un criterio de valoración hegemónico. Un criterio que se disputa en la consolidación del empoderamiento de una clase frente a la aristocracia y, que a lo largo de los años, se extendió hasta nuestros días como la metáfora mejor contada. Repetida y desgastada hasta convertir su gramática en canon. Nietzsche incorpora el término *filisteo* para sintetizar aquél burgués hambriento de poder que edifica una carrera erudita en reemplazo del verdadero camino del artista creador. Una contraposición a algunos poetas como Goethe que saltan de esta lógica hegemónica. Para poder pensar el

criterio mercantilista del filisteo, el pensador propone tres aspectos con el que el ser humano es capaz de relacionarse con la *historia* y así emitir juicios de valor y rumbos creativos:

La historia forma parte del ser vivo en tres aspectos: en tanto que éste es activo y aspira, en tanto preserva y venera, y en tanto sufre y necesita de liberación. A esta trinidad de relaciones corresponde una trinidad de formas de historia: cabe distinguir una forma monumental, una forma anticuaria y una forma crítica de historia. (Nietzsche, 2016, p. 713).

La debilidad burguesa se disfraza de fortaleza y se organiza. Estipula cánones de creación y filtra mediante su propio criterio de valoración, armado en función a su debilidad creativa. La problemática que se deriva de este punto es la de la imposibilidad del surgimiento del verdadero artista que crea en función de la vida. Aquél que logra no estar supeditado a regímenes de poder y trae con su singularidad lo necesario en términos de pulso vital. En este sentido, la singularidad es entendida como combate y resistencia contra los universales hegemónicos como la caracterizó Frederic Jameson: “La singularidad, con otras palabras, propone algo único que se resiste a lo general y universalizante (por no hablar de lo totalizante)” (Jameson, 2015, p. 135). En concordancia con esta noción, Nietzsche criticó fuertemente las creaciones exitosas del mercado. El éxito, el pensador, no deja de ser la validación de aquella creación que mejor se acomodó al criterio vulgar que no logra irrumpir o transformar. Mantiene todo como está. El éxito o popularidad de una obra sólo deja en evidencia la validación de aquél criterio. En contraposición a este, la creación de las obras que desbordan son de la de los artistas cuyas búsquedas se alineaban a otra cosa, a otro camino. El aspecto artesanal y singular deja florecer a la obra en una literatura vital. Como prisma que logra, mediante su intervención en el presente, desestabilizar la vulgar imposición de las clases dominantes. De aquello que se instala como obvio y natural y cristaliza formas. Las reflexiones propuestas por Eagleton sobre la relevancia de la historia y el contexto de donde surgen tanto la forma y el contenido son, en este sentido, dos caras de una misma moneda, así como también el rol del escritor como agente social. Con la perspectiva de una *literatura* que no niega su pasado, pero que al mismo tiempo permite imaginar un futuro, olvidando aquello de la historia que no está en función de la vida.

En estos tres aspectos desarrollados en *Consideraciones Intempestivas II*, Nietzsche reflexiona sobre cómo la historia es tanto un instrumento para la construcción de identidad y motivación para la acción vital, como también una obstrucción para la creatividad del presente (Nietzsche, 2016, p. 709). En este sentido, en el Capítulo 2 de “Marxismo y Literatura” de Terry Eagleton, podemos encontrar aspectos similares en la reflexión sobre la forma y el contenido. El autor nos señala que el triunfo de la burguesía congela la ebullición progresista y deriva su atención a la consolidación del capitalismo (Eagleton, 1976, pp. 63-90). “La ideología burguesa olvida sus ideales revolucionarios previos, deshistoriza la realidad y acepta la sociedad como un hecho natural” (Eagleton, 1976, p. 80). Este proceso de deshistorización congela la creación vital de una época y refleja un estancamiento artístico en el devenir formalismo y naturalismo.

Para Flaubert, que viene después de Balzac, la historia es un objeto inerte, una serie de hechos dados exteriormente que no pueden seguir pensando como producto de la acción de los hombres. Privado de las condiciones históricas que le dieron nacimiento, el realismo se fragmenta y se descompone por un lado en un naturalismo y por otro, en formalismo. (Eagleton, 1976, pp. 79-80)

Aquí se podría establecer un primer vínculo con la proposición del aspecto crítico de la historia de Nietzsche. Someter el vínculo con la historia a una evaluación se vuelve crucial para encaminar la literatura a un realismo que se encargue de aquello *histórico-universal* que repercute en una transformación social. El olvido de los rasgos típicos de una cultura, aquello que conecta a los personajes con el colectivo y el contexto, provoca una fragmentación. Este vínculo propio del naturalismo con la historia, este olvido sobre los motivos revolucionarios del *realismo*, genera una desconexión y reduce a la obra literaria a una mera cáscara (forma). Donde el contenido es el no-contenido al igual que Nietzsche caracterizó la cultura de la no-cultura (Nietzsche, 2016, p. 656). En este sentido se evidencia la reducción del escritor a un observador, como dice Eagleton. Un escritor limitado, que se encarga de detalles como si eso representara algo de lo que el contexto histórico social estuviese atravesando. Esto deriva en una noción reduccionista y apresurada de lo que es *natural* y cómo aquella idea estanca el pulso vital del arte. Con personajes haciendo *culto al promedio* en la cita de Eagleton a Lukács. Un personaje de singularidad ausente en un contexto hiper-comprendido.

Incorporando una visión con la aspiración de captura absoluta de la existencia. La falsa creencia de captar fotográficamente lo real alude al intento miope de la aspiración burguesa al conocimiento positivista. Una literatura que es el espejo de un deseo demasiado grande y demasiado bruto a la vez. Donde reproducir y repetir las formas conocidas adopta el rol de la realidad.

Pero esa torpeza no es gratuita. Es justamente la acción creativa que construye lo real mediante la repetición de lo conocido. En la perpetuación de la forma validada se implica indefectiblemente un gesto creativo, un esfuerzo, que hace del presente un movimiento centrífugo. Es precisamente esa creación narrativa la que construye la realidad social donde todo trópico es la copia del anterior. La narración se constituye desde una enajenación de lo igual. Aquí se vislumbra la trampa en la que cae la hiper reproducción de las formas. La que da lugar a la ilusión de una captura de realidad, que no es más que mero gesto. Lo capturable no es la realidad como objeto sino el criterio que le dio fundamento previamente y adopta la posición de lo real. “Así, un texto es siempre *incompleto*, porque lleva inscriptos estos vacíos y silencios” (Eagleton, 1976, p. 88).

En *Trópicos del discurso*, Hayden White reconoce una muy deseada pero falsa distinción entre la ficción y el escrito histórico. Incorporando el análisis que Nietzsche propone en la segunda intempestiva, White argumenta que la producción histórica utiliza los mismos procedimientos narrativos que la ficción: “Nietzsche, por el contrario, insistió en que la interpretación era necesaria en la historiografía debido a la naturaleza de la ‘objetividad’ que perseguía el historiador” (White, 2018, p. 101). En este sentido, los relatos narrativos construyen la realidad mediante procedimientos interpretativos que operaban en el escritor al momento de su creación. “Esta objetividad no era la del científico o el juez de un tribunal, sino más bien la del artista, más específicamente la del dramaturgo.” (White, 2018, p.101). No hay algo así como un lenguaje neutro que no esté atravesado por un contenido previo. Los trópicos que hacen al lenguaje contienen en sí mismos las inclinaciones que harán del mundo un entramado de sentido. La utilización de la historia, arrojará indefectiblemente diferentes disposiciones ante la producción literaria considerando estos criterios éticos y estéticos funcionales. “El propio uso del lenguaje implica o supone una postura específica ante el mundo que es ética, ideológica o más generalmente política: no sólo toda interpretación, sino también todo lenguaje está contaminado políticamente” (White, 2018, p. 199). De esta manera, la realidad será organizada indefectiblemente con valores previos y siempre mediante la narración. La crítica de Nietzsche apunta a desenmascarar

aquellos esquemas valorativos que se presentan como neutros y naturales. Y siguiendo esta línea, la interpretación de la historia, y sus posibles usos, serán la piedra de toque que sintetice la narración. Dando como resultado aquella literatura vacía y repetitiva de la que dió cuenta Eagleton.

Todo gran arte es socialmente progresista en el sentido de que cualquier sea la conciencia política del autor (y en el caso de Scott y Balzac, es abiertamente reaccionaria), logra plasmar las fuerzas vivas histórico-universales de una época que producen el cambio y el crecimiento de la sociedad, revelando su potencial desarrollo en toda su complejidad. (Eagleton, 1976, p. 78)

En el sentido opuesto del naturalismo como emergencia, y en simultánea aparición de las críticas de Nietzsche, surge el formalismo como el reflejo de un hombre fragmentado del mundo. Un mundo subjetivo escindido de un colectivo donde el nihilismo es la única respuesta ante la desconexión sideral entre el mundo interior y el exterior. En este sentido los personajes se transforman en ahistóricos y carecen del aspecto de la historia que Nietzsche propone venerar y preservar. Aquello que concierne a la identidad de un pueblo que arma el tejido del sentido intersubjetivo. “Si el naturalismo es una especie de objetividad abstracta; ambos difieren de la forma artística genuinamente dialéctica (el realismo)” (Eagleton, 1976, p. 82). Desde esta óptica la historia se degrada, tanto como expone Eagleton y como critica Nietzsche, a un período temporal muerto. Pierde todo sentido y desconecta al individuo presente con la memoria que él mismo porta como parte del entramado de un pueblo.

La Historia pertenece, pues, en segundo lugar, al que preserva y venera, a aquél que con lealtad y amor mira allí de donde proviene y en donde se ha formado; con esta piedad expresa, en cierto modo, su gratitud por su existencia. (Nietzsche, 2016, p. 717)

La deriva del tiempo se transforma en un laberinto neurótico sin salida del que el formalismo no logra escapar: “los individuos son presa de la desesperación y la angustia, carecen de relaciones sociales y, por consiguiente, de una auténtica identidad; la historia pierde su sentido o se vuelve cíclica, reducida a mera duración” (Eagleton, 1976, p. 82). La tinta narrativa está librada al azar del garabato en una constante negación de sí mismo. Incapaces de ver la materialidad en la que su narrativa construyó la identidad. “Los grandes escritores son aquellos individuos

que logran transponer al arte, de manera unificada y transparente (aunque no necesariamente consciente), la visión del mundo de la clase o del grupo al que pertenecen” (Eagleton, 1976, pp. 83-84).

Por último, en el capítulo 3, “El escritor y el compromiso”, Eagleton introduce el debate que se da entre la responsabilidad social que debe ser exigida al artista y la libertad creativa libre de voluntades panfletarias: “Hasta los menos familiarizados con la crítica marxista saben que esta le exige al escritor que comprometa su obra con la causa del proletariado” (Eagleton, 1976, p. 91). En su análisis sobre la exigencia de Lenin en limitar y legislar las formas en las que se debe hacer literatura, Eagleton reconoce el período fuertemente infértil que atravesó la literatura. La revolución quedó en el pasado, se transformó en ley y vuelve a marginar todo lo que no resulta funcional para el criterio hegemónico. En este sentido el pasado se narra sin posibilidad de atender el presente, congela el procedimiento y estandariza la creación. Lo artesanal vuelve a transformarse en un imposible debido a la disposición con la que se opera. En este punto se deja en evidencia un aspecto del artista, una condición intrínseca al procedimiento artístico que lo atraviesa: no depende por completo de él.

El procedimiento de la creación artística reúne la homilía entre un aspecto que él mismo desconoce. Siempre existe un velo, un producto lejano, un inconsciente con el que el artista trabaja. Sin este velo, la técnica toma la delantera y arroja una creación muerta. En rigor, no es importante lo que el artista piense, sino lo que crea. La creación del artista es aquello vital que es interrumpido cuando el pensamiento se impone. “La filosofía puede contradecir la verdad artística que el artista pretende comunicar, pero lo que importa es lo que el artista crea, no lo que piensa” (Eagleton, 1976, p. 99). La técnica reducida a la producción estética de una idea partidista sólo crea más de aquél residuo ruidoso que pretende sostenerse. La literatura no tiene temáticas correctas e incorrectas, pero su modo de abordarla dispone la orientación, a qué puerto se podrá llegar. El aspecto de la historia que según Nietzsche preserva y venera por demás momifica la creación. Ya no hay nada que crear, no hay nada más que escribir. Pero esta disposición nace de una debilidad en el presente, encubierta de un respeto miedoso y adulador a personalidades del pasado. A aquellos que justamente fueron quienes evitaron estas disposiciones con sus antecesores. Una impotencia creativa que se resiste y mantiene a la creación en la copia. Que en sí misma es evidente que requiere de mucha dedicación, estudio y perseverancia: copiar no es fácil. Pero si el criterio que dirige es el de preservar y venerar el pasado porque nada mejor es

posible en el presente y ya está todo hecho: ¿cómo es posible la emergencia de una literatura vital, la necesaria?

Los grandes artistas son aquellos que pueden captar y recrear la totalidad armónica de la vida humana. En una sociedad donde lo general y lo particular, lo conceptual y lo sensible, lo social y lo individual están cada vez más separados por la “alienación” del capitalismo, el gran escritor los reúne dialécticamente en una totalidad compleja. (Eagleton, 1976, p. 76)

En la lucha contra la banalización de la cultura es posible encontrar un refugio en la lectura de Friedrich Nietzsche y Terry Eagleton. Una perspectiva que logre desarticular criterios operantes y que ponga en marcha un proceso creativo incluso más allá de la literatura y el arte. Sin la mirada crítica de nuestras propias debilidades camufladas de fortalezas y, tristemente avaladas por un criterio hiper-democrático, la obra vital no aparece. La narración perpetúa una realidad miserable y débil. La floración de una realidad mejor dependerá del norte dónde apuntemos esos criterios de valoración narrativos. Con una politización del presente y siempre guardando en la memoria la historia de la que venimos. Aquella que nos permite empoderarnos de nuestro tiempo y nos otorga la fortaleza de agarrar nuestro deseo con las manos y la plasticidad para permitir que cambie en caso de ser necesario.

Referencias Bibliográficas

- Eagleton, T.** (1976). *Marxismo y crítica literaria*. Paidós.
- Jameson, F.** (2015). *La estética de la singularidad*. New Left Review.
- Nietzsche, F.** (2016). *Consideraciones intempestivas II: De la utilidad y los inconvenientes de la historia para la vida*. Tecnos.
- White, H.** (2018). *Trópicos del discurso*. Prometeo

Cómo citar este artículo:

Martin, N.F. (2026). Fortaleza y debilidad en la narración. *Trazos-Revista de estudiantes de Filosofía*, 1(10), 83-92

